

La nostalgia del séptimo arte

Leda Rendón

¿Cuál es la fórmula para ganar premios en el cine promovido por Hollywood? Es una pregunta que muchos amantes del séptimo arte se hacen cada año. Al parecer triunfa la producción que tuvo una mejor estrategia de *marketing* y, sobre todo, la que logró hacer llorar al espectador. Así el camino para conseguir la aceptación del gran público no es el mismo que para convertirse en un clásico cinematográfico. Las producciones que obtuvieron galardones este año no pasan de ser unas lindas anécdotas con hermosos escenarios y actuaciones sobresalientes; también hubo momentos extraordinarios, pero fueron muy pocos. Al parecer la nostalgia se apoderó de la industria. Llegó el momento de la introspección, de regresar al origen: el cine mudo.

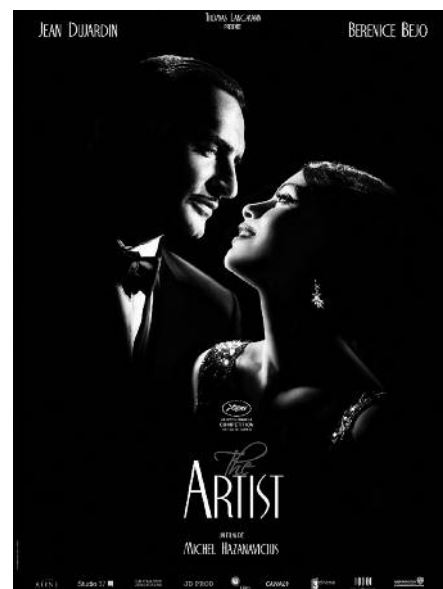
Durante las entregas de los premios Critic's Choice Awards, Spirit Awards y Oscar, destacaron dos películas que hacen un homenaje a los inicios del cine: *Hugo* de Martin Scorsese y *El artista* de Michel Hazanavicius. Así, los creativos reflexionan sobre los mecanismos de expresión del celuloide. El eje central de estas dos producciones es el viaje por la ilusión que genera el cine. Lo que no termina de convencer es el carácter melodramático, *light*, de los guiones. Sin embargo, el trabajo actoral, visual y de ambientación son notables en ambos casos. En *Hugo* la reconstrucción de los escenarios originales del trabajo de Georges Méliès no tiene parangón. En *El artista* Jean Dujardin y Bérénice Bejo hacen gala de sus dotes histriónicas en cada escena.

La película de Scorsese, basada en la novela infantil de Brian Selznick, tiene como protagonista al huérfano Hugo Cabret (Asa Butterfield), quien está a cargo de un tío que mantiene los relojes de la estación de trenes de París. Desde un principio vemos

al joven tomar las riendas del trabajo de su pariente porque éste ha desaparecido. Uno de los momentos mejor logrados es cuando la obsesión de Cabret por reparar a un autómata rebasa los límites de la cordura: piensa que el robot le escribirá un mensaje de su padre. *Hugo* cobra importancia cuando nos enteramos de que quien construyó el autómata fue uno de los pioneros y visionarios de la historia del cine: George Méliès (Ben Kingsley). Ése es el corazón del relato.

El artista de Hazanavicius tiene como galán a George Valentin (Jean Dujardin) que es un virtuoso del cine mudo. Todo parece marchar a la perfección hasta que llega el sonido a la gran pantalla y Valentin se niega a participar. Peppy Miller (Bérénice Bejo) se convierte en una estrella del celuloide con sonido y, también, en una admiradora de Valentin. La historia conmueve, sí, pero no hay reflexiones profundas. Es un filme para pasar un buen rato. Uno de los hallazgos es, sin duda, el pequeño perro, de nombre Uggie, que acompaña en todo momento a Jean Dujardin. Y la escena del sueño donde las cosas comienzan a hacer ruido.

Estamos frente a un incipiente neoclasicismo cinematográfico que busca regresar a la raíz. Será, quizá, porque el cine ha sido cooptado por un furor comercial que aplasta a la creatividad con excesivos efectos e historias banales. Se trata de contar todo una vez más para tratar de encontrar el corazón de un arte que, a diferencia de la literatura y el teatro, cuenta con innumerables fanáticos alrededor del mundo. En *Hugo* de Scorsese hay colores brillantes, despliegue de tecnología, un París de ensueño. *El artista*, por el contrario, trata de recuperar la esencia del cine mudo y privilegia el gesto. Durante casi toda la película no hay so-



nido y eso la convierte en un filme extraño en la era de los efectos especiales y la tecnología 3D.

En ambas historias vemos al héroe pasar por el mismo proceso: primero un éxito arrollador y, enseguida, el fracaso; relacionado, irremediablemente, al avance de la tecnología. Parece que la historia del arte no es más que eso. Basta con pensar en la revolución que siguió a la aparición de la cámara oscura en el Renacimiento para la pintura, o en la invención de la fotografía en el XIX, o en la actual revolución de los libros digitales, y nos daremos cuenta de que la tecnología marca la pauta del desarrollo artístico.

Por otro lado, resulta por demás extraño ver un filme dirigido por Martin Scorsese en el que la violencia y el complot no se encuentren presentes. Lejos quedaron los años de *Taxi Driver* o *Goodfellas*. Es comprensible la elección de la historia por lo que a la reflexión cinematográfica se refiere, pero ¿una película para niños? Por último, surge la inevitable reflexión: alguna de estas películas pasará a formar parte de la lista de clásicos como *Blow-Up*, *Apocalipsis Now* o *Barton Fink*. Sólo el tiempo lo dirá. A su favor puedo decir que son el principio de la exploración en torno a los hilos que mueven al séptimo arte. **u**